

Paolo Gasparini es un maestro de la fotografía, este arte del siglo XX que nos puede ubicar en cualquier lugar, en cualquier época y en cualquier mundo.

No somos críticos de arte para hablar sobre la obra y técnica de Gasparini, quien con su tercer ojo y sus manos diestras nos adentra en dos polos diferentes. Las imágenes en blanco y negro nos muestran luces, rostros y contrastes.

Su última exposición en La Galería de los Espacios Cálidos del Ateneo de Caracas nos demostró que el viejo mundo y — nosotros— los tercermundistas somos diferentes hasta en imágenes. Su lente viajero nos adentra en una Europa urbana, moderna, mecanizada donde los maniqués se confunden con el transeúnte. Sus fotos tienen movimiento, los espectadores son los caminantes que se mezclan con las luces, las vidrieras, los plásticos, las grandes tiendas y unos maniqués que parecen hombres gélidos vistos por las mujeres espectadoras y, maniqués perfectas devoradas por ojos de los asombrados ancianos del viejo mundo.

Del otro lado, a través de su lente logramos captar esa Latinoamérica que vibra. Todo en ella con sus personajes "tal como ellos son", sin artificios, ingenuos, lejanos o asombrados del lente mágico de Gasparini. El valor del latinoamericano se lo da el fotógrafo al valorarlos tal como son.

Hay una mujer que invita a la cama, hay una muchacha que ríe, un cholo peruano que se esconde en su poncho, niños que posan ante su cámara y muchos jóvenes en la espera de días mejores.

Gasparini estudia dos mundos: del que viene y al que pertenece.

El lente de Gasparini refleja dos mundos

